

OTRA PRUEBA DE NUEVA YORK

POR DIONISIO CAÑAS



José Moreno Villa precedió a Lorca en su visita a Manhattan, pero ambos vieron con el mismo deslumbramiento y con el mismo temor la metrópolis norteamericana. Sin duda Juan Ramón Jiménez había inaugurado la formulación literaria de una mirada española proyectada sobre Nueva York y, del mismo modo que después sus compatriotas, se sintió ajeno, distante, de la vida social y cultural que en aquella ciudad pudo ver. Estos prestigiosos padres míos me observan aun desde sus fúnebres pedestales y, como el famoso cuervo de Poe, me hostigan con lacónicas amonestaciones cada vez que intento escribir algo sobre Manhattan. Empiezo, pues, por invocarlos para mejor borrarlos de mi mente.

El juego de los ojos es uno de los factores que más nos diferencian a los españoles de los anglosajones. En Nueva York no se mira; uno hace todo lo posible porque las miradas no se crucen con las demás personas en ningún momento. Es un tanto desagradable tener que pasarse todo el día tan cerca de la gente y estar haciendo un esfuerzo continuamente por afantasmarlos. En los autobuses y los metros la solución es fácil: se lee cualquier cosa; cuando uno no lleva un libro, un periódico o una revista, se pasa todo el trayecto leyendo los anuncios que hay dentro de los autobuses o los metros; de lo contrario, uno se fija un punto impersonal, como muy distante, y desnutre la mirada de cualquier implicación humana.

En los ascensores el asunto es más peliagudo: a pesar de que uno casi llega a besar a la gente que te rodea, por esa forzada cercanía a la que se ve obligado algunas veces, lo importante es mirar a otro lado que no sean los ojos de las personas que tiene delante. El truco más socorrido es fijar la mirada en los números luminosos que indican cómo van pasando los pisos.

Una vez que se ha conquistado el vacío absoluto en la mirada *pública*, uno pensaría que en el espacio privado se podría mirar a los ojos a la gente, pues no; según las normas sociales norteamericanas hablar mirando a los ojos a una persona es considerado como de mala educación. Uno mira a los ojos a alguien cuando quiere algo de esa persona. Es decir, mirar es hablar, y con la mirada uno dice: «¿te quieres acostar conmigo?», «atiéndame, por favor», «sírname otra copa», etc.

El miedo a la mirada es un rasgo que distingue a cualquier neoyorquino, pero también el miedo a tocar un cuerpo ajeno es algo que los norteamericanos tienen siempre muy presente. Al hablar es posible que alguien gesticule, dependiendo de su origen, mas lo que es impensable es que toque el cuerpo que tiene delante; a menos que unos fuertes lazos amorosos ligen a estas personas.

En los años anteriores al SIDA, que sin duda ha marcado más la historia de Nueva York que si hubiera aparecido Cristo de nuevo, los tugurios de esta isla eran una orgía continua para la mirada y para los cuerpos.

Recuerdo un lugar con piscina y baños turcos, llamado Continental Baths, donde todo el mundo en pelotas hacía lo que le apetecía, con hombres y mujeres. En este lugar había un bar y, por aquellos años setenta, cantaba allí la que después se convertiría en una estrella: Bette Midler, ordinaria y hermosa pelirroja que volvía locos a todos los bañistas.

Luego existían otros antros donde sólo iban hombres; había para todos los gustos. El más espectacular era el Mine Shaft. Allí de nuevo la mirada y el cuerpo eran reyes. Desde la terraza hasta el sótano te encontrabas con gente haciendo el amor. Se mezclaban los olores a poppers, grasas, orina, excrementos, sudores, cerveza, porros, tabaco y semen. La gente estaba disfrazada de *duros*: cuero, pantalones vaqueros, monos de trabajo, atuendos de camioneros, botas. El juego sadomasoquista parecía imponerse desde que ponías los pies allí, pero era fácil descubrir que en el fondo de gran parte de

los hombres que pululaban en aquel antro había una tremenda ternura, una última nostalgia por amar y ser amado. La aparición del SIDA al principio de los años ochenta terminó con aquel lugar y con la mayoría de sus clientes.

Hombres y mujeres, cuando salían de aquellos tugurios, volvían a sus miradas anónimas, a sus cuerpos distantes de cualquier roce. Las vampiresas se convertían en secretarias, los rudos hombres de Marlboro se ponían sus trajes de abogados o de simples dependientes de algún gran almacén. Era como salirse de la pantalla de un cine donde estaban poniendo una película cuyos personajes habíamos sido nosotros mismos. Ahora, fuera ya de la fábula orgiástica, había que volver a ser sólo espectador y sentarse, ordenada y anónimamente, en el recinto oscuro de este gran teatro que es siempre Manhattan.

